

ó Jesús mio, el solo objeto de mi admiracion y de mi amor. ¡Qué suerte para mí mas feliz que teneros por maestro!... Instruidme siempre mas, y hacedme la gracia de ser mas fiel á practicar vuestras divinas lecciones. Renovad en mí, ó poderoso Libertador, las obras de vuestra misericordia: echad de mi corazon el poder del demonio; libradme de su tiranía; concededme que triunfe, y no permitais que sea su víctima en el infierno; antes bien haced que sea conquistada vuestra en el cielo. Amen.

MEDITACION XLV.

SANA JESÚS LA SUEGRA DE SAN PEDRO.

(Marc. i, 29-31; Luc. iv, 38, 39; Matth. viii, 44, etc.).

Las tres cosas que nos propone el sagrado texto para esta meditacion, son: 1.º la enfermedad de la suegra de san Pedro; 2.º su sanidad milagrosa; 3.º el uso que hizo de ella.

PUNTO I.

Su enfermedad.

«Y saliendo Jesús de la sinagoga... Entró en casa de Simon y de Andrés: y la suegra de Simon estaba en cama con calentura...»

Las calenturas del alma son las pasiones: la ambicion, los placeres, el interés, la cólera, la maledicencia, la envidia, la avaricia, el orgullo, el amor, el odio; todas estas son calenturas que destruyen la sanidad del alma, y le quitan la vida de la gracia... Examinemos de cuál de estas calenturas está enferma nuestra alma, ó de cuántas de estas especies de calentura está ella atormentada. ¡Ah! gimamos y lloremos por nuestra desgracia, para animarnos á desear nuestra curacion.

Lo 1.º *Consideremos los males que nos ocasionan las pasiones...* Á manera de calenturas violentas nos atormentan con continuas agitaciones: ya nos dejan helados de temor, ya nos llenan de sospechas, ya de desesperacion; ahora nos encienden de cólera, de despecho, de amor, de odio; luego de llamas de impureza, de estériles deseos, de esperanzas quiméricas. Algunas veces se combaten entre sí mismas, nos destrozan sin piedad, y nos tienen en un violento potro, en un martirio. Todo el mundo conoce nuestra desgraciada situacion; y nosotros solos estamos ciegos: ya llamamos bien al mal, honor á la insolencia, libertad á la esclavitud, y placer al tormento:

miramos, en una palabra, como nuestro sumo bien nuestra suma miseria.

Lo 2.º *Consideremos el estado á que nos reducen nuestras pasiones.* Á manera de las calenturas, nos ponen en un estado lastimoso de debilidad, de hastío, y de impotencia de tomar un poco de reposo: ya no tenemos fuerzas para combatir á los enemigos de la salud; y sin resistencia alguna nos dejamos llevar de todos los caprichos de las mismas pasiones: el uso, el respeto humano y la hipocresía son los únicos motivos para hacer aun alguna cosa buena; y experimentamos un fastidio positivo para todo aquello que mira á la verdad y á la perfeccion, y que nos hace bien presto abandonar la leccion, la meditacion, el exámen de la conciencia, la confesion y la comunión; y finalmente nos lleva á un estado en que ya no sabemos qué cosa es el dulce reposo que gusta un alma fervorosa en la oracion, en el recogimiento interno, en el ejercicio de la presencia de Dios, en la resignacion en su santísima voluntad, y en la confianza en su divina providencia: y en este estado ¿cuántos pecados no se cometen?

Lo 3.º *Consideremos la mudanza que causan en nosotros las pasiones...* No desfiguran tanto á una persona unas largas y continuas calenturas, como desfigura una viva pasion, por mas que se busquen todos los medios de ocultarla... Se admiraba antes en aquel jóven una dulzura amable, una obediencia pronta, un fervor exacto, una modestia jovial, un gusto de piedad y de devocion que edificaba. ¡Ay de mí! ya no es mas aquel que era: ya se encuentra de un humor impaciente é inquieto: se le oye hablar en tono áspero: ha tomado un aire arrogante, una manera despreciante: insulta en sus discursos: ahora se ve sumergido en una profunda melancolía; despues en una alegría insolente, y al fin en una extrema desesperacion... ¡Oh alma! ¡poco há tan bella, tan pura, y ahora tan vergonzosamente desfigurada! Conoce por lo menos de dónde te viene el mal, para buscar prontamente el remedio.

Lo 4.º *Consideremos la obstinacion y la perseverancia de las pasiones...* No hay calentura tan obstinada y difícil de curar como una pasion que ya ha tomado posesion del corazon. Hubiera sido fácil resistir á los primeros asaltos del vicio; hubiera sido posible extirparlo al mismo nacer: conocia el vicioso entonces que podia; se lisonjeaba que podria tambien despues; iba diciendo, que al fin al fin algun dia lo extirparia; pero ahora el infeliz se halla en la precision de mudar de lenguaje: ya exclama contra la inutilidad de sus

esfuerzos: de ahí comienza á gemir; despues al fin se desespera, y hace inútiles todos los tentativos... No desesperemos nosotros: tenemos un médico caritativo y omnipotente; recurramos á él con confianza, redoblemos nuestros esfuerzos, y será cierta nuestra sanidad.

PUNTO II.

Sana Jesucristo la suegra de san Pedro.

Lo 1.º *Observemos la intercesion de los Apóstoles...* «Y encomendaron á él la enferma...» No ignoraba Jesucristo el estado de esta mujer; pero era conveniente que sus discípulos, informados de su poder y testigos de sus prodigios, lo previniesen, y le diesen una prueba de su fe, pidiéndole un milagro. De hecho, con aquella confianza que Jesucristo deseaba de ellos intercedieron por ella... Empleemos para nosotros la intercesion de estos santos Apóstoles y de todos los Santos del cielo con Jesucristo: encomendémonos á las súplicas de los justos que viven sobre la tierra; y roguemos por nuestros prójimos y por nosotros mismos. Pidamos á Jesucristo, lo primero, la sanidad del alma; y despues, si lo tuviese por conveniente á su gloria y á nuestra salvacion, la del cuerpo. Y si no nos la concede, pidámosle paciencia y la gracia de hacer un buen uso de la enfermedad.

Lo 2.º *Observemos la bondad de Jesús...* «Y acercándose á la enferma la cogió por la mano, y la alzó... Y inclinándose hácia ella, «mandó á la calentura; y la calentura la dejó...» Adoro para siempre el divino poder de Jesucristo; pero aquí admiro singularmente su infinita bondad... Vos lo sabeis, ó Dios mio: cuantas veces me habeis visto en el exceso de mis pasiones, Vos os habeis llegado á mí con vuestra gracia, y yo me he retirado de Vos con mi resistencia: Vos procurásteis mover mi corazon con fuertes remordimientos, y yo los he sofocado con mi disipacion y con nuevos pecados: Vos me alargábais la mano para sacarme del abismo, y yo en vez de valerme de esta mano piadosa he retirado la mia para sumergirme de nuevo en el desórden.

Lo 3.º *Observemos los sentimientos de la enferma...* ¡Cuál fue su consolacion cuando oprimida de los dolores vió en su casa al Salvador de Israel! ¡Cuál su esperanza cuando sintió la impresion de aquella mano omnipotente que la tocaba! ¡Cuál su júbilo cuando oyó la orden dada para su sanidad, y se halló enteramente libre!... Es necesario que Jesucristo se acerque el primero al pecador, lo

coja como por la mano, y lo toque con su gracia para sacarlo fuera del estado en que se halla... ¡Feliz aquel que tocado y sanado se emplea en manifestar con la práctica de las buenas obras sus sentimientos de gratitud!

PUNTO III.

El uso que hace la suegra de san Pedro de la sanidad.

1.º *La ocupacion...* «Y ella se alzó, y los servia...» Hallándose perfecta y repentinamente sana, luego se levantó, hizo preparar la comida, y tuvo la consolacion de servir á Jesucristo á la mesa á que estaba sentado con sus cuatro discípulos. Grande ejemplo nos da esta mujer en el uso que hace de la salud luego que la recuperó. Empleaba en servir á Jesús aquella misma sanidad que la habia restituido... Tambien nosotros nos debemos servir de los dones del Señor para su servicio y para su gloria. Pero ¡ay de mí! ¿empleamos la salud del cuerpo que nos ha restituido, y la sanidad del alma que hemos recuperado con el perdon de nuestros pecados, en servirlo con nuevo fervor? El servicio de Dios consiste principalmente en amarlo sobre todas las cosas, y en observar sus preceptos: despues en servir al prójimo, en consolar los afligidos, en sostener los débiles, en instruir los ignorantes, en asistir á los enfermos, en socorrer los pobres, en trabajar por la Iglesia, y en cumplir perfectamente las obligaciones de nuestro estado.

2.º *La diligencia de esta mujer...* «Y se levantó y los servia...» Si nuestro cuerpo goza de salud, ¿por qué pudiendo emplearla en algun trabajo útil, la consumimos en un ocio vergonzoso? Si está sana nuestra alma mediante una sincera conversion, ¿de dónde nace aquella tibieza en obrar y en abrazar los ejercicios de piedad? ¿de dónde aquella lentitud en la práctica de las buenas obras? Luego ella se levantó, porque se trataba de servir á Jesús. ¡Ah! cuando se trata de servir al mundo, cuando se trata de algun interés nuestro, de algun placer, sabemos usar de toda la diligencia posible, nos hallamos llenos de ardor, estamos fuertes y gozamos de salud. ¿Con qué solo cuando se trata de servir á Jesucristo nos hemos de hallar perezosos, indolentes, débiles y descuidados?

3.º *La atencion de esta mujer...* Ello es cierto que debiendo ella servir á Jesús, usó toda la diligencia posible para hacerlo bien: que estuvo atenta á todo para que nada faltase, y que finalmente, aun cuando tuviese sumo gusto en oír las palabras del Salvador, no se paró á escucharlas, cuando su ministerio se requeria en otra parte;

pero cuando sin perjuicio de su deber podia oirlas, no le perdió ninguna, teniendo siempre su espíritu ocupado en ellas, mientras que sus manos estaban diligentes á servirlo... Con una atencion semejante y con el mismo ardor se debe levantar un pecador convertido. Por medio de continuas buenas obras debe reconocer las gracias recibidas. Y si verdaderamente ha resucitado y vive, lo debe manifestar con movimientos animados y regulados de la caridad, de la humildad y de la oracion, y con todas aquellas santas obras que pide una vida cristiana.

4.º *El afecto de esta mujer...* ¿Quién jamás podrá comprender con qué amor sirvió á Dios y á sus discípulos? Lo tuvo á mucho honor, considerando la grandeza de aquellos á quienes servia: juzgó que era obligacion suya por los beneficios que habia recibido; y halló en servir al Señor una satisfaccion sensible, considerando la bondad con que acompañaba sus favores... ¿No servimos nosotros al mismo Señor, y tenemos los mismos motivos para servirlo? pues ¿por qué no lo servimos con el mismo afecto?... Cuando se sirve con amor, el servicio es mas exacto, mas dulce y mas meritorio. Sin este afecto se hace mal aquello que se hace; ó se hace con pena, con caimiento, con náusea, con fastidio, con impaciencia, y con mil quejas y lamentos; de manera, que un tal servicio merece ser antes castigado que premiado. Resolvámonos, pues, una vez á obrar siempre por Jesús y por su amor, animemos nuestra fe, y no nos será difícil el encender tambien nuestro fervor.

Peticion y coloquio.

Estoy resuelto, ó Dios mio, á tener siempre á la vista en mi conducta aquel amor que viene inspirado de una fe humilde y laboriosa; á no resistir jamás á vuestros llamamientos, y á seguir en adelante con fidelidad todas las impresiones de vuestra gracia. Pero mandad Vos mismo, ó Jesús mio, á las pasiones que me dominan: extended vuestra mano: socorredme y guiadme: sacadme del lodo en que hasta ahora he vivido, y ayudadme y sostenedme para romper mis malos hábitos, rebatir las tentaciones, y mortificar mis deseos terrenos y carnales, sin que tenga respeto alguno á los juicios de los hombres, ni á mí mismo. Levantadme hasta Vos, para que siempre viva unido á Vos. ¡Ah! haced que algun dia sean mis sentimientos semejantes á los de la suegra de san Pedro, cuando en mi última enfermedad os dignaréis, ó Jesús, de venir á aliviarme en mis dolores, á visitarme en vuestro Sacramento, y no contento con ex-

tender vuestra adorable mano, á daros á mí todo Vos mismo, y con Vos la prenda segura de una vida inmortal. Hablad entonces, mandad, ó divino Salvador mio; á vuestro mandato, desatada mi alma de los lazos de su cuerpo, limpia ya de sus pecados, libre de sus dolores, y victoriosa de la muerte, os verá sin sombras y sin nubes, y vivirá eternamente con Vos. Día feliz ¿cuándo vendrás? Y ¿dónde encontraré yo alivio mientras te veo tan léjos? ¡Ah! sabré bien servirme de la libertad que aun me queda para ir á encontraros, ó Jesús; quiero siempre recibiros con aquellos mismos sentimientos que deseo tener en aquel último dia de mi vida. Amen...

MEDITACION XLVI.

MUCHAS SANIDADES OBRADAS EN LA TARDE DEL MISMO DIA.

(Marc. I, 32-34; Luc. IV, 40, 41; Matth. VIII, 16, 17).

Jesucristo sana los enfermos, libra los endemoniados, y cumple con estos milagros la profecia de Isaías.

PUNTO I.

Sana Jesús los enfermos.

«Y á la tarde, puesto ya el sol, toda la ciudad se habia juntado á la puerta... Le presentaron muchos endemoniados: y echaba con la palabra los espíritus... y curó muchos afligidos de varios males... Y imponiendo á cada uno de ellos las manos, los sanaba.»

1.º *La hora tarda del dia no le da fastidio á Jesús...* Á poco tiempo despues de haber sanado la suegra de san Pedro, se puso el sol, y con el dia cesó la obligacion del reposo mandado por todo el sábado, que segun el uso constante de los hebreos se computaba de una tarde á la otra. Todos los afligidos que esperaban socorro deseaban con impaciencia este momento; y apenas llegó, estuvieron prontos y solícitos, ó para llevar á Jesús sus enfermos, ó para presentarse á sus piés con sus propios males. Este divino Salvador, dejándose llevar de los movimientos de su caridad, impuso á cada uno de ellos las manos, y los sanó... No necesitamos nosotros esperar los momentos en que Jesucristo quiera escucharnos para pedirle gracias: en todas las horas lo hallamos, de noche y de dia; todos los tiempos le son oportunos para recibarnos, para escucharnos y para atendernos: para su caridad no hay hora alguna importuna... ¿Es, pues, de este carácter nuestra caridad? ¿Nos vamos á Jesús á todas horas?

¿Recibimos á nuestro prójimo en cualquier hora que recurre á nosotros?

2.º *Jesucristo no es molestado por la multitud de pueblo...* Cási toda la ciudad se habia juntado al rededor de la casa de san Pedro, y tenian sitiada la puerta; de todos los ángulos de la ciudad de Cafarnaum venian conducidos los enfermos para presentarlos á Jesús... No fue violentado él, ni se disgustó por la multitud. La importunidad y abundancia de los suplicantes no pudieron resfriar el poder y la voluntad que tenia de contentarlos; antes bien estaba tanto más satisfecha su bondad, cuanto mayor campo se le presentaba de derramar sus beneficios. Esta multitud del pueblo, que venia con fe para recibir alivio á sus males, era para su corazon un espectáculo bien agradable... Este espectáculo se renueva aun en nuestros dias; nosotros vemos el pueblo fiel correr en tropas á los templos para adorar á Jesús y pedirle gracias. Unámonos con esta fervorosa multitud; hagámonos su guia, animémosla con nuestro ejemplo, ó á lo menos edifiquémosla con nuestra modestia y con nuestro recogimiento.

3.º *La diversidad de las enfermedades no excede el poder de Jesús...* Todos los que le presentaron fueron sanados, aunque sus enfermedades y sus males fuesen grandes, envejecidos é incurables... «Y curó muchos afligidos de varios males, dice san Marcos: todos aquellos, dice san Lucas, que tenian enfermos de este, ó el otro mal, «los llevaban á él, y puestas en cada uno las manos, los sanaba...» Modelo de la caridad que deben tener los fieles entre sí, y del celo que deben tener los ministros, siempre dispuestos á visitar enfermos, á asistir á los pobres, y á consolar á los afligidos.

4.º *La multitud de los enfermos no desanima la bondad de Jesús...* Habria podido, con un solo acto de su voluntad, con un solo de sus mandatos absolutos, sanar todos los enfermos, pero no lo hizo: quiere imponer sus manos sobre cada uno de ellos en particular; quiere oír sus súplicas, las unas despues de las otras; quiere dar á todos el consuelo de poderlo ver, y de ser vistos y tocados por él, aun cuando por sí misma fuese fastidiosa y repugnante esta funcion... Esta es la caridad con que quiere él que sus ministros nos escuchen en particular para romper con una particular absolucion las ligaduras de nuestros pecados, y reconciliarnos con él. Con la misma bondad se da él todo entero á cada uno de nosotros en el Sacramento de su cuerpo sagrado, para servirnos de manjar y sanarnos, para santificarnos, y para unirnos á él: ¡qué bondad!

PUNTO II.

Jesús libra los endemoniados.

1.º *Le presentaron los endemoniados:* «y echaba con la palabra «los espíritus...» El Salvador, que sanaba las enfermedades tocando los enfermos, echaba los demonios con sola su palabra, para dar á entender, y hacer sentir á estos espíritus orgullosos el absoluto imperio que tenia sobre ellos. ¡Oh y cuán poderosa es la palabra de Jesús! Si con ella alimentamos nuestros corazones, estaremos siempre dispuestos para oponerla á las sugerencias del demonio, que con todos sus terrores no podrá resistir á una arma tan poderosa.

2.º *Los demonios se ven obligados á confesar á Jesucristo...* «Y «salían de muchos los demonios gritando, y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios...» ¿Qué significa, pues, esta confesion de los demonios, unida á los espantosos gritos que dan? Son de opinion muchos santos Padres que su pecado fue el no haber reconocido el misterio de la Encarnacion del Verbo, y haber rehusado el someterse al Hijo de Dios, que en la plenitud de los tiempos debia hacerse hombre... Ahora lo reconocen, pero ya muy tarde; experimentan los efectos de su poder, lo publican, y lo detestan... Impíos, incrédulos, herejes, pecadores de todas las suertes, será doloroso para vosotros, aunque demasadamente tarde, el reconocer y confesar á Jesucristo, cuando para siempre os echará de su reino y de su presencia.

3.º *Los demonios son obligados á callar...* «Pero él gritándoles, no «les permitia decir cómo sabian que él era el Cristo.»

Toma Jesucristo con los demonios un tono de amenaza propio de un señor irritado, y les impone silencio, porque es demasiado malvado su designio en lo que hacen: si alaban, lo hacen por inspirar sentimientos de vanagloria, y alejarnos de Dios con hacernos cómplices de su orgullo: si estimulan á hacer algun bien, sus miras son de oponerse á las disposiciones de Dios; cuando por el contrario el Espíritu Santo todo lo regula con sabiduría y dulzura. Jesús sabia en qué tiempo y á quién debia manifestar su divinidad, y disponia insensiblemente los espíritus á recibir esta grande verdad. El demonio al contrario, habria querido precipitarlo todo, descomponer el orden y la concatenacion de una tan sabia economía, é impedir que el edificio de la Iglesia se elevase sobre este sólido fundamento... Tal es el artificio que usa el demonio cuando no puede retraer una alma del servicio de Dios; la embiste con la indiscrecion, le presenta

la idea de una santidad y de una virtud que no conviene á su estado; le inspira los deberes de una penitencia superior á sus fuerzas, á fin de disgustarla y echar por tierra de este modo el edificio de la perfeccion. Guardémosnos de un tal engaño: vivamos dependientes de los avisos de un sábio director; sigamos con simplicidad los caminos que nos enseña la gracia; dejémosnos guiar del espíritu de Dios, y contentémosnos con caminar poco á poco, segun el grado de luz que se nos comunica. Apliquémonos ante todo á las obligaciones de nuestro estado, y á las sólidas virtudes de la humildad, de la obediencia, de la caridad y de la mortificacion, no fiándonos de cualquiera deseo vivaz y activo que nos estimule á obrar sin reflexion y sin consejo.

4.º *Los demonios son confundidos en su ciencia...* «Y no les permitia decir que lo conocian...» Sabian, es verdad, los demonios que Jesús era el Cristo; pero no tenian un conocimiento tan seguro y exacto de este misterio como lo tenemos nosotros por medio de la fe, su ciencia estaba solo apoyada sobre conjeturas. Tenian fuertes persuasiones de la divinidad de Jesucristo, porque no ignoraban las promesas, las profecias y el tiempo de su cumplimiento; pero su incertidumbre era tal, que miraban este divino Salvador como capaz de pasiones, de vanagloria, de ambicion, de temor, de disidencia y de pusilanimidad. Por esto intentaron, aunque en vano, en todo el tiempo de su vida hacer pruebas de su virtud: siempre quedaron confundidos, y todos sus esfuerzos sirvieron para manifestar mas su divinidad. En esta y en todas las demás ocasiones contribuyeron sus mismas perversas intenciones á su mayor gloria, ó sea con las palabras que el furor arranca de su boca, ó sea con el silencio que son forzados á observar. ¡Somos nosotros muy dichosos en tener un tal Salvador! ¡Qué desgracia seria la nuestra si saliese bien á los demonios, que no tienen sobre él poder alguno, el separarnos de él, y arrebatarlos consigo!... Mas estemos bien seguros de que serán siempre impotentes sus esfuerzos, si nosotros velamos sobre nosotros mismos, y estamos unidos á Jesucristo: si por desgracia venimos á perdernos, la culpa es nuestra.

PUNTO III.

Jesús cumple la profecía de Isaías.

«Para que se cumpliese lo que fue dicho por Isaías profeta ¹, que

¹ Isai. LIII, 4.

«dijo: Él mismo tomó nuestras enfermedades, y cargó con nuestras dolencias...»

Tan digna es de admiracion la manera con que el Profeta predice nuestra redencion, como la que tiene Jesucristo en cumplir la profecía. Jesús viene á librarnos del pecado, y de nuestras espirituales enfermedades; de la cólera de Dios, de la esclavitud del demonio, y del infierno: esta redencion y libertad tan preciosa para nosotros era invisible á nuestros ojos, y por esto mas propia para hacer impresion sobre nuestros corazones; pero se hizo sensible con sanar las enfermedades del cuerpo, y con remediar los males temporales, que son la primera pena del pecado. Anuncia, pues, el Profeta la redencion de estos males sensibles, y Jesús la comienza con librarnos de ellos. Dentro de poco veremos al mismo cargarse de nuestros dolores; aquí vemos que los quita... Nosotros lo vemos ejercitar un absoluto imperio sobre toda suerte de enfermedades, sanar enfermos, librar endemoniados, y darnos con esto una prueba sensible de ser nuestro Redentor y nuestro Salvador. Ahora toca á nosotros reconocer las obligaciones que le tenemos, y comprender bien en qué manera nos ha librado de aquellos males que sufrimos aun, y de que tanto nos lamentamos.

Lo 1.º *Jesús nos ha librado de nuestros males, con haberles mudado la naturaleza por medio de sus méritos...* Nuestras penas, sin Jesús, eran puras penas: suplicios que castigaban nuestros pecados sin purgarlos, y atormentaban al pecador sin purificarlo; pero este divino Salvador, con cargárselas, las ha elevado, ennoblecido y divinizado. Por sus méritos, son un preservativo contra el pecado, que muy frecuentemente se cometeria, y una satisfaccion por el pecado cometido: son el homenaje mas puro que podemos ofrecer á Dios, y el origen de muchos méritos que podemos adquirir en su presencia... ¡Oh santas aflicciones, quién habrá, pues, que no os estime, que no os desee, y que no os busque! No sufrimos ya como hijos de Adán, sino como miembros de Jesucristo. Estando ya libres por él de nuestras penas, ¿por qué las volveremos otra vez á tomar? Siendo ya por él hijos de Dios, ¿por qué volveremos otra vez á la dura condicion de esclavos? Pudiendo por él sufrir con tanta gloria, ¿por qué sufrirémos aun sin espíritu de religion, sin virtud y sin mérito?

Lo 2.º *Jesús nos ha librado de nuestros males, con haberles quitado el oprobio con su ejemplo...* Habiendo él sufrido por nosotros, es para nosotros cosa gloriosa el sufrir como él y por él. ¿Qué penas del cuerpo y del espíritu podemos tener nosotros, que Jesucristo no

haya sufrido, y aun mucho mayores? Despues del ejemplo de este Dios hecho víctima por nosotros, en vez de lamentarnos de sufrir mucho, ¿no debemos antes dolernos de que no sufrimos bastante? Si para con el mundo es despreciable la pobreza y la humillacion, este es el desprecio y el oprobio que sufrió Jesucristo, y de que un cristiano debe gloriarse; porque este sufrimiento le procura la mas perfecta semejanza que puede tener con el Hijo de Dios... ¡Bienaventurado el que conoce este misterio! Pidamos nosotros su inteligencia al que es su divino Autor.

Lo 3.º *Jesús nos ha librado de nuestros males, con haber endulzado su rigor con su gracia...* Nuestras penas, sin Jesús, eran un peso gravoso, bajo del que estaban oprimidas nuestras fuerzas... Jesús, con cargárselas, nos ha merecido la gracia que nos fortifica y nos hace capaces de sufrirlas con paciencia, con resignacion, y aun con alegría. Y ¡ah! ¿qué fuerzas comunica la gracia, aun á los mas débiles? ¿qué unción esperece sobre las cruces mas pesadas? ¿qué dulzura hace gustar en el cáliz mas amargo á la naturaleza? El mundo no lo puede creer; pero lo saben por experiencia los amigos de Jesucristo; y el mundo mismo se ve algunas veces forzado á confesar esta verdad en tantos hechos de que es testigo, y en tantos ejemplos que admira.

Lo 4.º *Jesucristo nos ha librado de nuestros males, habiéndolos hecho de poca duracion...* Nuestras penas, sin Jesús, hubieran sido eternas; pero con cargárselas las ha mudado en temporales. Las abrevia tambien algunas veces en esta vida, cuando sensible á nuestras súplicas nos restituye la sanidad. Las abrevia tambien poniendo fin á nuestra vida, con la que acaban todas las penas de aquellos que tan bien se han servido de ellas, que ya nada les queda que purgar. Las abrevia finalmente en la otra vida, porque si aun quedan algunas que sufrir, los méritos de Jesucristo aplicados á aquellas santas almas, por medio de los sufragios de la Iglesia, apresuran su libertad y la posesion de su eterna felicidad.

Peticion y coloquio.

¡Oh Jesús! persuadido yo de esta verdad, ya no os pediré prodigios para librarme de mis aflicciones; solo os pediré vuestra gracia para servirme bien de ellas. Sí, ó Señor, estoy dispuesto á sufrir aquí en la tierra cuanto os agrada, con tal que con vuestro divino socorro haga un santo uso de mis sufrimientos, y con tal que pueda evitar los suplicios del infierno que he merecido, y gozar la eterna fe-

licidad comprada con vuestra sangre, y prometida á todo cristiano virtuoso y paciente en las tribulaciones. Amen.

MEDITACION XLVII.

JESÚS RECORRE LA GALILEA.

(Marc. i, 35-39; Luc. iv, 42-44; Matth. iv, 23-25).

1.º Jesucristo se dispone á su mision con la oracion; 2.º se despide de los cafarnaitas, que se oponian á su mision; 3.º da principio á su mision.

PUNTO I.

Jesús se dispone á su mision con la oracion.

«Y levantándose bien presto por la mañana; salió, y se fué á un lugar solitario, y allí hacia oracion...»

1.º *Jesús se alza muy temprano por la mañana para orar...* La mañana es el tiempo mas propio para la oracion; el que pierde en el sueño las horas de la mañana, no recogerá el maná del cielo. Se presentan las distracciones; las ocupaciones mundanas nos solicitan; falta el tiempo, y de aquí viene que se experimenta despues náusea para la oracion. El jornalero, el artesano, el hombre constituido en empleo, y el literato, se levantan por la mañana estimulados de su deber, de la necesidad, del interés, ó del placer. El hombre de oracion debe estar animado de todos estos motivos, y mucho mas aun del ejemplo de Jesucristo. El levantarse es la primera accion del día; la manera con que la hacemos decide ordinariamente del fervor ó de la frialdad de todas las demás. Este es el primer homenaje que debemos ofrecer á nuestro Criador, el cual, sacándonos del sueño, nos saca, por decirlo así, de la nada: nos da de nuevo la vida; nos restituye á nosotros mismos; y parece que cria de nuevo el mundo para nosotros: démonos priesa á gozar de sus beneficios, á mostrarle nuestro reconocimiento.

2.º *Jesús se retira al desierto para orar...* Se levanta antes que el sol, y saliendo de la casa de Pedro al vislumbre de los crepúsculos, se interna en un lugar desierto, donde léjos del tumulto de la ciudad se abandona enteramente al fervor de su oracion... Se puede orar en todos los lugares, aun en medio de las ordinarias ocupaciones, mediante el interno recogimiento, la atencion á la presencia de Dios, la rectitud de la intencion, y fervorosas aspiraciones... Pero hay una oracion á que cada día se debe destinar un tiempo mas continuado, y para esta se debe buscar el desierto. Nosotros lo encon-

trarémos en nuestros templos abiertos desde la mañana para la oracion. Lo podemos hallar en nuestras casas, y allí atender á la oracion antes de darnos á otras ocupaciones; y sobre todo lo debemos buscar en nuestro corazon... No orarémos jamás como se debe, si no formamos en nuestro corazon un desierto, una soledad, desembarazándolo de toda inquietud, de todo pensamiento y de todo objeto extraño, para que solo pueda entretenerse con Dios sobre las necesidades del alma y sobre el objeto de la oracion; presentándonos delante de Dios como si solo él y nosotros existiésemos en el universo. Pero ¡ay de mí! cuántos se ponen en la oracion, rezan ciertas oraciones, y aun las de obligacion, y por falta de estas disposiciones se puede decir con verdad que no oran!

3.º *Jesús ora en el desierto...* Luego que Jesús llegó al desierto pasó todo el tiempo que se detuvo allí en la oracion... Bienaventurados aquellos que separados del mundo viven en el desierto de la religion, si en ella atienden á la oracion... Nosotros salimos de nuestras casas, vamos al templo, allí nos estamos; pero ¡ah! ¿qué hacemos allí si no oramos? Nos hallamos algunas veces en la soledad sin ocupaciones: ¿y por qué no nos aprovechamos de esta comodidad para orar? ¡somos ciertamente insensatos! Queremos mas angustiarnos y comunicar á otros nuestros afanes, buscar distracciones y entretenimientos frívolos, que gustar en la soledad las dulzuras de la oracion... Ó divino Jesús, ¿por qué os dísteis tanto á la oracion en el desierto? Por mí y por mi salvacion, para merecerme la gracia que necesito, y para darme ejemplo; á vuestro ejemplo, pues, ninguna cosa emprenderé sin orar, y á ejemplo vuestro seré exacto, recogido, constante y fervoroso en mis oraciones.

PUNTO II.

Jesús se despide de los cafarnaitas que se oponian á su mision.

«Y Simon lo siguió, y los que estaban con él, y encontrándolo, «le dijeron: Todos te buscan, y él les dijo: vamos por las aldeas y «ciudades vecinas, para que tambien allí predique; porque para este «fin he venido... Y las turbas lo buscaban; y llegaron hasta donde «él estaba: y lo detenian porque no se partiese de ellos; y les dijo: «es necesario que aun en otras ciudades evangelice yo el reino de «Dios; porque para esto he sido enviado...»

Lo 1.º *Los cafarnaitas buscan á Jesús;* lo buscan con diligencia... Del mismo modo que la tarde antecedente, se juntaron por la ma-

ñana al rededor de la casa de Pedro, donde suponian que estuviese aun Jesús; pretendiendo y pidiendo verlo con toda aquella eficacia que les inspiraban, ó sus necesidades, ó su reconocimiento... Lo buscaban con amor; no tienen ya en mira sus temporales intereses ó la sanidad de sus enfermedades, sino deseosos de su doctrina, quieren oirlo y aprovecharse de sus lecciones... Lo buscan con constancia... Jesús no estaba ya en la casa... Pedro lo buscó, y no hallándolo, por fortuna conjeturó que lo podria descubrir en la soledad. Llevó consigo á su hermano Andrés y á los otros discípulos para dar cuenta al Salvador de cuanto sucedia en Cafarnaum; mas la turba lo siguió; y saliendo á tropas de la ciudad, tomó la resolucion de buscar tambien con ellos á Jesús, sin perdonar atencion ni fatiga, y determinada á no volver á entrar sin haber hallado primero á su bienhechor... ¿Es este acaso el deseo con que nosotros buscamos á Jesús? Cuando se busca con la diligencia que hemos admirado en los cafarnaitas, es imposible que no se encuentre...

Lo 2.º *Los cafarnaitas encuentran á Jesús...* Lo encuentran siguiendo á san Pedro. El ardor del pueblo era grande; pero el de Pedro era mucho mas vivo. Él no se engaña en órden al lugar del desierto donde se hallaba Jesús: vuela el primero á la frente de los otros apóstoles, Andrés, Jacobo y Juan, y el pueblo lo sigue... Para encontrar á Jesús conviene seguir esta cabeza visible de la Iglesia; es necesario estar unido á ella: fuera de este camino, fuera de la Iglesia, erramos sin guia en el desierto, y nos formamos mil diferentes caminos á la medida de nuestros caprichos, pero sin que alguno de ellos nos guie á Jesús.

Lo 3.º *Los cafarnaitas se esfuerzan á detener á Jesús...* Lo ven dispuesto á dejarlos, y nó lo pueden consentir: le suplican que no los abandone, y aun usan una especie de violencia: y ¡oh! ¡cuán agradable fue esta al corazon de Jesús! Y si no se rindió, supo no obstante recompensarla. ¡Ah! seria ciertamente mayor nuestra felicidad, si tuviésemos la misma propension y el mismo apego á este divino Salvador; si tuviésemos el mismo deseo de tenerlo con nosotros y de estar siempre con él... En vano este pueblo reconocido suplicó á Jesús que no lo dejara: no me detengais, les dijo: las aldeas y las ciudades vecinas me esperan; yo debo predicar á ellas como á vosotros la palabra de Dios, deben tambien ellas participar de mi mision... Vamos, dijo á sus Apóstoles: venid conmigo, recorramos las ciudades y las aldeas, para que yo predique en ellas el Evangelio; para esto he venido al mundo, á este fin he sido enviado... Esta es

la regla que debemos tener tambien nosotros. ¿Para qué, pues, hemos sido enviados? ¿á qué fin hemos venido al mundo? ¡ Ah! no debemos regular nuestra conducta sobre la estima, sobre el amor, sobre la aprobacion de los hombres; sino sobre la voluntad de Dios, sobre el fin de nuestra vocacion, y sobre los deberes de nuestro estado, sin tener miramiento alguno á nuestras comodidades, á nuestro reposo, á nuestros intereses ni á nuestra gloria.

Oida la respuesta de Jesús, se volvió el pueblo á la ciudad sin hacer mayor instancia, esperando ver en ella dentro de poco su bienhechor, y quedaron con Jesús los cuatro discípulos para acompañarlo en su mision... Por mas necesarias que nos parezcan para nuestra perfeccion las luces de un director, dejaria de ser inocente nuestra adhesion á él, cuando se opusiese á las órdenes de Dios y de la obediencia, y cuando llevásemos á mal que su celo se extendiese á otros, queriéndolo estrechar para nosotros solos.

PUNTO III.

Jesús comienza su mision.

Consideremos lo 1.º *sus trabajos...* «Y Jesús andaba rodeando toda la Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el «Evangelio del reino... Y echaba los demonios...»

Jesús desde el principio de su ministerio pasó toda su vida en el trabajo y en la oracion... De la misma manera el hombre verdaderamente apostólico debe sostener su mision con el ejercicio continuo de su caridad y de su celo; emplearse con el mismo gusto en las funciones oscuras que en las luminosas; trabajar con la misma intencion para la salvacion del pobre que para la del rico; y haciendo guerra al demonio, echarlo de todos los corazones: su celo se debe extender á todo lugar y á toda persona.

Lo 2.º *Los milagros de Jesucristo...* «Y se esparció la fama de él «por toda la Siria; y le presentaron todos aquellos que estaban indispuestos y afligidos de diversos males y dolores; y los endemoniados, y lunáticos, y los paralíticos; y los sanó...»

La fama del Salvador volió de la Galilea á la Siria, y se esparció en toda aquella provincia. Aun de este país, cuyos habitantes eran casi todos paganos, le llevaron diversos enfermos, que todos fueron curados. ¿Y seremos nosotros solos los que no recurriremos á Jesucristo para que nos libre de nuestras enfermedades? Nosotros instruidos de la fe, nosotros que sabemos de cuantos males estamos in-

ternamente afligidos, ¿no harémos por nuestras almas lo que estos pueblos hicieron por conseguir la sanidad de sus cuerpos?

Lo 3.º *Los sucesos de Jesucristo...* «Y lo siguió una gran turba de «la Galilea, de la Decapóleos, y de Jerusalem, y de Judea, y del país «de la otra parte del Jordan...»

¡Qué espectáculo tan tierno ver todos estos pueblos unidos entre sí, ir detrás de Jesucristo, y seguirlo en tropas para oír sus divinas instrucciones! Vamos tambien nosotros, unámonos á esta turba de fieles, sigamos á Jesús, y acrecentemos la gloria de su triunfo...

Peticion y coloquio.

A Vos voy, ó Jesús, resuelto á seguiros, y á no abandonaros ya jamás. Dadme un espíritu atento para escuchar vuestras lecciones y un corazón dócil para practicarlas. Os doy mil gracias, ó divino Salvador, por las penas y fatigas que sufristeis por anunciarnos el Evangelio... Bienaventurados aquellos que están encargados por Vos para continuar vuestros trabajos, y que en las ciudades y en las campiñas están ocupados en instruir los pueblos. Dadles, Señor, la gracia de imitaros, y á mí la de trabajar segun mi estado, para gloria vuestra, con practicar las leyes de vuestro santo Evangelio: me uno y me agrego, ó Jesús, á aquella turba de enfermos que Vos sanásteis: yo soy, lo confieso, el mas miserable de todos ellos. Mi alma se halla agravada de toda suerte de males y de enfermedades; Vos solo la podeis sanar. Adoro vuestro poder, Redentor adorable, invoco vuestra caridad; ¿seré yo por ventura el único que Vos no sañeis? Miradme, ó Señor; mi sanidad manifestará vuestra potencia, y contribuirá á vuestra gloria. Amen.

MEDITACION XLVIII.

PREDICACION DE JESUCRISTO, Y PESCA MILAGROSA EN LA BARCA DE SAN PEDRO. (Luc. v. 1-11).

1.º Jesucristo predica en la barca de san Pedro; 2.º sobre la palabra de Jesucristo san Pedro hace una pesca milagrosa; 3.º Jesucristo indica el grande misterio escondido bajo de este hecho.

PUNTO I.

Jesús predica en la barca de san Pedro.

«Y mientras lo cercaba una multitud de pueblo por oír la palabra «de Dios, se mantenía cerca del lago de Genesaret; y vió dos bar-